

Hacia la estación de Finlandia: una revisión de la necesaria vigencia de los principios del socialismo en los movimientos sociales y partidos políticos del siglo XXI

Antonio Gil Fons¹

Resumen

A cien años de la revolución que asombró al mundo, hoy es más necesario que nunca recordar las causas y principios socialistas que motivaron aquellos acontecimientos. Los problemas que la Rusia zarista vivía en aquel principio de siglo XX están hoy más que presentes en nuestra sociedad de un modo globalizado, en forma diferente quizá pero con una raíz muy similar: la exclusión de grandes masas de la población mundial de la prosperidad, el desarrollo integral y la dignidad como seres humanos y ciudadanos. Así, el presente texto pretende evidenciar la importancia de no olvidar los principios y las lecciones — buenas y malas — emanadas de la revolución socialista acaecida en Rusia en 1917, especialmente ante la imperiosa necesidad y conveniencia que tiene el mundo actual de un rearme ideológico de las fuerzas de izquierda con base a la cultura, la historia, la reflexión y la tan necesaria — y tantas veces ausente — autocrítica.

Palabras clave: Revolución, socialismo, izquierda, democracia liberal y capitalismo.

1. Profesor del Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad de Guadalajara (UdG), México. E-mail: antoniogilfons@hotmail.com.

TO THE FINLAND STATION: A REVIEW OF THE NECESSARY VIGENCY
OF THE SOCIALISM MAIN STATEMENTS IN THE SOCIAL MOVEMENTS
AND POLITICAL PARTIES ON 21ST CENTURY

Abstract

One hundred of years after the revolution that shocks the entire world, today is more necessary than never remember the socialist causes and main statements which motivate that events. The issues of the zarist Russia that experience on the beginning of the 20th Century today are more presents in our society in a globalized mode, in a different way maybe but with a root cause too similar: the exclusion of large masses of the world population from the prosperity, the integral development and dignity as human beings and citizens. Now, this text pretends to evidence the importance about don't forget the statements and -good and bad- lessons from the socialist revolution happened in Russia in 1917, especially before the imperious need and convenience that the actual world have about an ideological rearmament of the left forces with base to the culture, history, reflection and the most necessary -and a lot of times absent- self-criticism.

Keywords: Revolution, Socialism, left, liberal democracy & capitalism.

Introducción

Más de cien años han pasado desde que el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional ruso,² cayó ante los revolucionarios. Sin embargo, los sucesos acontecidos aquella noche del 7 al 8 de noviembre de 1917 no conllevarían únicamente la caída del gobierno del liberal ruso Kérenski. Ante la humanidad se abría una nueva etapa donde el capitalismo imperante y la democracia liberal, que triunfaría tras la Primera Guerra Mundial, serían cuestionados por un modelo político y económico teorizado durante el siglo XIX pero que iba a ser puesto en práctica en el siglo XX. De esta forma, el modelo socialista sería encarnado durante el siglo pasado por la Unión de Repúblicas Socialis-

2. Tras la revolución de febrero de 1917, el zar había abandonado el poder en manos de fuerzas políticas liberales y se había conformado un nuevo gobierno. Al principio estuvo presidido por el príncipe Lvov pero, a partir de julio de ese mismo año, Aleksandr Kérenski fue nombrado presidente del gobierno provisional. Sin embargo, tanto uno como otro cometieron un error fatal: mantener la implicación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. Ese y otros errores, sumados a la precaria situación por la que pasaba el país, facilitaron la denominada Revolución de Octubre.

tas Soviéticas (URSS), siendo pronto expandido — con sus variaciones y adaptaciones pertinentes y suerte dispar — a otros países — República Popular China, República Socialista de Vietnam, República Federativa Socialista de Yugoslavia — y regiones — Asia, África, Oriente Medio, América Latina, Europa.

Con todo, para 1989 el politólogo estadounidense Francis Fukuyama alardeaba del próximo triunfo de la democracia liberal y del capitalismo. La crisis económica, social y política que sufrían los países socialistas era el presagio del fin de la Guerra Fría, simbolizado en la memoria colectiva con la caída del muro de Berlín en 1989 y la desaparición de la URSS en 1991. Para muchos, la derrota del modelo socialista marcaba un hito en el desarrollo civilizador. Sólo un modelo era posible y el propio Fukuyama llegó a enunciar el mediático postulado de “el fin de la historia”, donde la humanidad había alcanzado su cenit evolutivo al asumir, con carácter definitivo e irrevocable, la democracia liberal y el capitalismo como parte inalienable de su esencia (Fukuyama, 1992).

Pero, a veintinueve años del fin de la Guerra Fría y a más de cien de la revolución rusa, ¿cuánto hay de verdad en que la propuesta socialista ha sido derrotada y que el único modelo viable es la democracia liberal y el capitalismo? No se puede negar que la URSS desapareciera pero, ¿han dejado de estar vigentes los principios enunciados por el socialismo? Y, lo que es más preocupante, ¿han desaparecido las causas que la provocaron y expandieron?

La democracia liberal y el capitalismo, lejos de las predicciones de Fukuyama, no han cubierto las expectativas de los pueblos y hoy son cuestionados por amplios sectores de la sociedad. En este sentido, se considera pertinente una revisión de la vigencia de los principios de la revolución rusa en los movimientos sociales y partidos políticos del siglo XXI, que mantienen la esperanza de una alternativa al modelo político, económico y social imperante. Para ello, el presente texto hará un breve recorrido por los orígenes de la Revolución y su impacto mundial, así como evidenciará la necesaria presencia de los principios socialistas en el rearme ideológico de la izquierda del siglo XXI.

1917: el año en que cambió el mundo

La Rusia de 1917 era un anacronismo en una Europa que había evolucionado económica y políticamente. Las revoluciones industriales del XVIII y del XIX habían transformado el panorama productivo europeo mientras que las revoluciones liberales del XIX habían abierto espacios para la participación política restringida. Sin embargo, a principios del siglo XX Rusia estaba escasamente industrializada y el poder político se hallaba firmemente sujeto por la férrea autocracia del zar Nicolás II. En cierta medida, el reloj de la evolución de la Rusia imperial parecía haberse detenido en el invierno de 1812 cuando el zar Alejandro I —o más bien el General Invierno— derrotó al hasta ese momento temible Napoleón Bonaparte. Este hito hizo posicionarse a Rusia a principios del siglo XIX como una de las grandes potencias europeas.

Durante todo el siglo XIX Rusia se envolvió en dicha aureola de gran potencia y en el conformismo, mientras el resto de Europa evolucionaba económica, industrial, política y militarmente. Así, como lo planteaba el historiador británico Arnold J. Toynbee, una civilización prospera y crece cuando no sólo tiene éxito en la respuesta al desafío planteado —la invasión napoleónica de Rusia— sino que genera nuevos desafíos a los que responder (Toynbee, 1949). La Rusia imperial quedó estancada en la autocomplacencia durante el siglo XIX, hecho que se evidencia en la humillación que sufrió en la guerra contra Japón de 1904-1905 por Manchuria y el norte de la península de Corea, una derrota dolorosa a manos de una potencia no occidental. Además, la autocomplacencia que existía en las élites zaristas, la “dulce anarquía de las oficinas ministeriales y la carencia de gobierno” convivían con un pueblo ruso que sufría de condiciones sociales lamentables (Renouvin, 1972, p. 23). Si bien el régimen de servidumbre que sometía a los campesinos había sido abolido en 1861 —con bastante retraso respecto al resto de Europa—, esto no fue acompañado por una reforma agraria que permitiera su acceso a la tierra. Por lo tanto, los campesinos —que representaban gran parte de la población laboral de Rusia— seguían dependiendo económicamente de las élites autocráticas zaristas para malvivir, sin apenas posibilidades de lograr un desarrollo social, económico y humano independiente del régimen zarista y feudal. Así, en una Rusia imperial anquilosada, la brecha económica entre las élites

zaristas y la gran masa del pueblo ruso se ampliaba, manteniendo en la pobreza y la marginación política a millones de rusos y rusas.

De esta forma, en la Rusia imperial se iba conformando, fuera del círculo del gobierno de las élites, un desafío al que se le tenía que dar respuesta adecuada, en tanto que una civilización entra en crisis si no puede responder a los desafíos planteados (Toynbee, 1949). La inacción del gobierno zarista para responder a las cada vez más numerosas demandas de los sectores burgueses urbanos, del incipiente proletariado y de los depauperados campesinos derivó en protestas generalizadas tras la derrota frente a Japón en 1905. Una marcha pacífica de obreros en San Petersburgo fue ahogada en sangre por las fuerzas zaristas —el llamado “Domingo sangriento” —, extendiéndose las protestas a diversos lugares del imperio. El zar tuvo que ceder ante las demandas de la burguesía liberal, aceptando la convocatoria de una Duma Imperial —parlamento— de carácter consultivo y otra serie de concesiones. A pesar de ello, una vez pacificada la situación, ninguna de estas promesas tuvo un resultado práctico, volviéndose al statu quo anterior donde la autocracia zarista y sus acólitos poseían todo el poder. Sin embargo, los problemas sociales en la Rusia zarista empeoraban.

Para febrero de 1917 la situación era crítica. La anquilosada Rusia zarista se había involucrado en una Primera Guerra Mundial que la estaba desangrando rápidamente. Así, a la pobreza, el hambre, la represión y la falta de futuro que asolaban el país, había que añadir el que miles de jóvenes rusos habían muerto de forma inútil —pésimos generales dirigiendo a soldados novatos con tácticas del siglo XIX frente a armamento del siglo XX—. Ante esta situación, fueron lógicas las dos revoluciones que sufrió Rusia en ese año de 1917. La primera —conocida como revolución de febrero— tuvo carácter liberal y burgués y fue insuficiente ante los numerosos desafíos que debía superar la sociedad rusa. Por ello, la segunda —conocida como la revolución de octubre— supuso una revolución socialista y popular que derivaría, tras una cruenta guerra civil en Rusia,³ en la conformación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en 1922 y, en lo que es más

3. A pesar que los ejércitos blancos —zaristas— estuvieron apoyados directa e indirectamente por potencias extranjeras —Reino Unido, Francia, Japón, etcétera— que buscaban la derrota de la Revolución, la motivación, disciplina y organización de los ejércitos rojos permitió lograr una victoria revolucionaria que parecía imposible.

importante, en el desarrollo y expansión de un modelo de gestión política y económica alternativo a la democracia liberal y al capitalismo.

El impacto mundial e histórico de la Revolución de 1917

Sin duda, los acontecimientos de 1917 y la conformación posterior de la república del proletariado constituyeron un marco de referencia para la izquierda mundial. La teoría socialista pasaba de los libros y las palabras a su aplicación práctica, en medio del debate y la discusión que continúan hasta nuestros días. Hombres y mujeres de todo el mundo fueron seducidos por una revolución que desafiaba por igual las injusticias de la democracia liberal, las desigualdades del capitalismo y la demagogia del fascismo.

A lo largo del siglo XX, el socialismo se expandió en dirección a todos los puntos cardinales. En Europa del Este se establecían gobiernos socialistas tras la Segunda Guerra Mundial, mientras que en el Oeste proliferaban partidos políticos vinculados al socialismo. En China salieron victoriosos de la guerra civil los comunistas de Mao Zedong, proclamando la República Popular China en 1949. Diez años después, en 1959, triunfó la revolución castrista en Cuba, convirtiéndose en la base desde la cual se exportará el socialismo al continente americano —Bolivia, Argentina, Brasil, Perú, Colombia, Nicaragua, etcétera—. En los nuevos países recién descolonizados de África, Asia y Oriente Medio fue una ideología influyente —Egipto, Siria, Israel, Argelia— o llegó a alcanzar el poder —Angola, Etiopía, Afganistán, Vietnam, Laos—. Incluso, en el exponente máximo del capitalismo consumista, Estados Unidos, el socialismo tuvo sus fervientes partidarios, reprimi-

dos por las autoridades estadounidenses en oscuros episodios como la caza de brujas del senador McCarthy en los años cincuenta.^{4 5}

Sin embargo, lejos de permanecer unido, el socialismo, como había ocurrido en el pasado y como ocurre hoy en día — y, probablemente, seguirá ocurriendo en el futuro — pronto se vio sometido a tensiones internas que provocaron numerosas escisiones. En los años cincuenta las relaciones entre Moscú y Beijing se enfriaron, derivando hacia el cisma chino-soviético.⁶ Numerosos países y movimientos se mantuvieron fieles a la ortodoxia socialista de Moscú pero otros — Albania, República Democrática Popular de Corea, el Partido Comunista de Indonesia, las guerrillas nepalíes — decidieron adaptarse a la vía china al comunismo, también conocida como maoísmo. A este cisma se sumó la crisis provocada por los sucesos de Praga en 1968. El intento del presidente checoslovaco Alexander Dubcek de desarrollar un “socialismo de rostro humano”,⁷ que corrigiera los desequilibrios detectados en el modelo socialista implementado por la URSS, terminó con la intervención en el país de las fuerzas militares del Pacto de Varsovia y la destitución de Dubcek, sustituido por fieles a la ortodoxia de Moscú. Sin embargo, estos acontecimientos impulsaron la ruptura progresiva

-
4. Figura polémica de la década de los cincuenta, el senador McCarthy no escapa a un amplio debate sobre su persona. Tradicionalmente, y con un amplio consenso, se le ha considerado el símbolo de una de las épocas más oscuras de la historia estadounidense. Los periodistas John Micklethwait y Adrian Wooldridge (2007, pp. 70-71) afirman que “hablaba como un carretero, vestía como un patán, bebía como una cuba”, al tiempo que su “escandalosa indiferencia por el detalle, su talante amenazador y su creciente alcoholismo abonaron poco a su causa”, pero fue “el centro de la política estadounidense” entre 1950 y 1954, simbolizando “la paranoia de derechas de los años cincuenta”. El también periodista Fred J. Cook (1971) no dudó en comparar los tiempos mcarthistas con los de Robespierre.
 5. En cualquier caso, peor que la caza de brujas de McCarthy fue la represión que sufrieron las izquierdas en Latinoamérica a manos de dictaduras -Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc.- apoyadas por Estados Unidos. La desaparición de miles de represaliados sigue siendo juzgada hasta nuestros días en algunos países como Chile y Argentina.
 6. Este cisma fue tan importante que llegó a ser más probable un enfrentamiento entre la URSS y la República Popular China que entre cualquiera de ambos países y Estados Unidos.
 7. “El Partido Comunista no desempeña su papel dirigente dominando la sociedad (...). No puede imponer su línea mediante órdenes (...). El socialismo no puede significar solamente la liberación de los trabajadores de la dominación de las relaciones de clase y de la explotación, sino también un pleno desarrollo de la personalidad. Debe ofrecer más que cualquier democracia burguesa” (Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia, 1968).

de los partidos políticos socialistas de Europa Occidental con Moscú,⁸ derivando en lo que se convino en llamar “eurocomunismo” y que propugnaba por una participación activa dentro de la democracia liberal para realizar la revolución socialista. De esta forma, el socialismo evidenciaba una vez más una característica que lo persigue desde sus orígenes: la fragmentación y rivalidad –con tintes cainistas en muchas ocasiones– entre las diversas corrientes del socialismo.

En medio de tanto cisma, escisión y ruptura, la falta de autocrítica interna respecto a las políticas de desarrollo –y a otros muchos aspectos– derivó en que en 1989 se diera la caída de los estados socialistas de Europa del Este como consecuencia de una crisis política, económica y social que venía arrastrándose desde la década anterior, iniciándose un proceso de transición hacia la democracia liberal y el capitalismo que alcanzaría su cenit con la desintegración de la Unión Soviética en 1991. De esta forma, tal y como afirmaba Fukuyama, la democracia liberal y el capitalismo parecían haberse quedado sin rival y las masas, con agrado o sin él, debían aceptar plenamente la preponderancia del sistema triunfante.

La caída de la Unión Soviética supuso un *shock* para los partidos socialistas del mundo entero. El sistema socialista encarnado por la URSS parecía haber fracasado estrepitosamente y la izquierda mundial se quedó falta de referencias.⁹ Se trató de buscar bases que reavivaran el mensaje socialista en un ambiente pesimista pero fue inútil. La década de los noventa será recordada por la extensión de la democracia de partidos –con sus virtudes y defectos– y del capitalismo consumista, cuyo primer efecto en los países de Europa del Este fue la aparición de un estatus social hasta entonces desconocido en los estados socialistas: el desempleado. Y es que, frente a la ausencia de un rival plausible, la ideología triunfadora pudo quitarse la careta y aplicar políticas

8. Destacó particularmente el distanciamiento de Moscú del Partido Comunista Italiano (PCI) y del Partido Comunista Francés (PCF). Posteriormente se sumó a esta corriente el Partido Comunista Español (PCE) tras su legalización después de la muerte del dictador Francisco Franco.

9. La Cuba castrista sobrevivía a duras penas tras la caída de la URSS y la República Popular China había iniciado desde la década de los ochenta una apertura comercial que la sacaría de la marginación económica y la convertiría en la potencia económica que es hoy en día.

neoliberales,¹⁰ que conllevaron a medio plazo el desmontaje del Estado de bienestar en la Europa occidental, creado durante la Guerra Fría para evitar la expansión de la ideología socialista entre las masas.¹¹ De esta forma, falto de referencias y sin posibilidad de presentarse como una alternativa creíble a la democracia liberal y al capitalismo triunfante, el socialismo parecía herido de muerte, augurando más de uno – de forma precipitada – su entierro definitivo. Sin embargo, los hombres – o los Estados – mueren pero sus ideas – en numerosas ocasiones – permanecen.

La vigencia de las causas para una nueva Revolución

Como se ha indicado en anteriores ocasiones, para Fukuyama la aceptación de la democracia liberal y el capitalismo como único sistema posible suponía el cenit evolutivo de la humanidad y se abría ante la misma un próspero horizonte (Fukuyama, 1992). Sin embargo, veintinueve años después de ese triunfo, la prosperidad tan cacareada y prometida por el neoliberalismo dista mucho de ser accesible a grandes porcentajes de la población mundial. La propia Rusia y los países de Europa del Este sufrieron unos traumáticos años noventa, donde se eliminaron los lastres del sistema socialista pero también los beneficios que protegían a los trabajadores y limitaban las desigualdades. Lentamente, algunos en el marco de la Unión Europea y otros en solitario, han comenzado a corregirse algunos de los problemas derivados de la implementación del liberalismo político y económico en dichos países. No obstante, las cifras de desigualdad, corrupción y pobreza siguen siendo inaceptables.

Situación similar ha ocurrido en América Latina. Las políticas neoliberales emanadas del Consenso de Washington y aplicadas fielmen-

10. Estas políticas de corte neoliberal son sintetizadas en el mal llamado Consenso de Washington de 1989, un término acuñado por el economista John Williamson para referirse al conjunto de medidas que el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de Estados Unidos impusieron a numerosos países.

11. Si bien Europa ha visto como progresivamente el Estado de bienestar era desmontado con base en el paradigma neoliberal, la aplicación del Consenso de Washington en América Latina tuvo consecuencias mucho más desastrosas, generando hiperinflación y endeudamiento y profundizando los desequilibrios y desigualdades preexistentes.

te por alumnos aventajados –Chicago Boys en México, Fujimori en Perú, Menem en Argentina, etcétera– no han corregido las desigualdades económicas y sociales existentes en la región. Por otra parte, en un plano más general, la brecha social Norte-Sur se sigue ampliando, enmascarada en positivos datos macroeconómicos –el África negra es la segunda región del mundo que más rápidamente crece su PIB– que no tienen en cuenta la microeconomía ni la realidad social de las clases más desfavorecidas, que en algunas ocasiones suponen porcentajes importantes de la población de un país e, incluso, la mayoría.¹²

Además, en aquellos casos donde el sistema parecía funcionar –Europa, Estados Unidos– las limitaciones y desequilibrios de la democracia liberal y el capitalismo fueron evidentes en la crisis financiera de 2008. Causada por un afán especulativo vinculado al sector inmobiliario en Estados Unidos, la crisis financiera se extendió rápidamente y, combinada con factores locales en numerosos países, se convirtió en una pesadilla peor que la crisis derivada del famoso *crack* bursátil de 1929.¹³ Frente a este contexto de dificultades para millones de personas que perdían sus trabajos y eran lanzados a una situación económicamente compleja, la democracia liberal y el capitalismo evidenciaron su lado más cruel e inhumano. Amparándose en la teoría de la austeridad económica enunciada por Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff, ambos profesores de la Universidad de Harvard, numerosos gobiernos europeos impusieron una política de subida de impuestos y recortes sociales que acabó con los logros de décadas de esfuerzo y que ahondó

12. En un ejemplo de esto, Etiopía ha estado creciendo económicamente en la última década con un promedio anual superior a los dos dígitos. Sin embargo, el país ocupa el puesto 174 de 188 países en el Índice de Desarrollo Humano según estimaciones del 2015.

13. Curiosidades de la historia, las causas de la crisis de 1929 también estuvieron en la especulación y en la ausencia de supervisión de la práctica económica por parte de gobiernos irresponsables. De hecho, la diferencia fue que 1929 la burbuja especulativa se dio en la bolsa de valores mientras que en 2008 el objeto de especulación fue el mercado inmobiliario. Otro hecho en común es que en ambos casos se prometió “refundar” el capitalismo, promesa que ni en el pasado ni en el presente se ha cumplido.

las crisis que sufrían los países más vulnerables.¹⁴ Grecia, Portugal e Irlanda cayeron por el precipicio mientras que España, Italia y otros se asomaban peligrosamente. Todos dirigieron la mirada hacia la Unión Europea, uno de cuyos principios fundamentales es la solidaridad.

Bien es cierto que la crisis estadounidense importada a Europa se había visto agravada por acciones especulativas toleradas por los Estados y era lógico que la Unión Europea quisiera asegurarse de que eso no volviera a ocurrir. Sin embargo, las políticas de rescate europeas establecidas por la canciller alemana Angela Merkel no suponían una mano tendida sino una soga al cuello de los países en crisis. Y lo peor, no era una soga al cuello para los especuladores y gobiernos irresponsables que habían permitido acciones especulativas e ignominiosas sino para el conjunto de las poblaciones, ya bastante afectadas por la crisis financiera que se estaba produciendo. Todo ello conllevó el agravamiento de la crisis financiera que se complementó con una crisis de consumo.

Los principales Estados afectados por los rescates europeos — Portugal, Irlanda, Grecia, España e Italia — vieron disminuidos sus ingresos al descender la recaudación tributaria sobre el trabajo — que no había — y sobre el consumo — que la gente no tenía capacidad adquisitiva para ejercer —. Como mejor forma de aumentar los ingresos, las políticas emanadas de Berlín exigían recortes presupuestarios — que principalmente afectaron al denominado gasto social — y aumento de impuestos.¹⁵ Todo ello creó un coctel mortal que profundizó y alargó la crisis que sufrían dichos países. Como afirmó Gonzalo Bernardos (2014, pp. 27-28), profesor de economía de la Universidad de Barcelo-

14. La teoría de Reinhart y Rogoff se basaba en que, según sus estudios históricos sobre la economía, los países tienen grandes dificultades para lograr crecimiento económico cuando tienen una deuda pública superior al 90% del Producto Interior Bruto (PIB). Con base en esto, gobiernos del mundo entero comenzaron a aplicar planes de austeridad para reducir la deuda pública. La cruel ironía de este asunto es que, en 2013, un estudiante de doctorado de la Universidad de Massachusetts analizó las tablas de Excel en las que se basaba la teoría y se dio cuenta que Reinhart y Rogoff habían cometido errores en la codificación de los mismos. Es decir, que la teoría no tenía sustento estadístico alguno (Krugman, 2013). Crisis de consumo, millones de desempleados, derechos laborales cercenados y prestaciones sociales perdidas fueron el resultado de este error.

15. En muchos casos, el aumento de impuestos no supuso una mayor recaudación sino una reducción significativa de las contribuciones al erario público. Y es que, como afirma la teoría económica de la curva de Laffer, el hecho de subir los impuestos puede provocar que éstos sean tan altos que estén frenando la inversión privada en sectores productivos (De Sebastian, 2003).

na, en referencia al Banco Central Europeo (BCE), la Comisión Europea (CE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), “cuando las naciones enfermas han acudido a ellos, en lugar de recetarles los antibióticos adecuados, algunas veces no les han suministrado nada, otras una simple aspirina y, en ocasiones, veneno”. Casi una década después, el panorama en muchos países europeos evidencia un gran desequilibrio, con unas cifras macroeconómicas en auge que contrastan con la caída del poder adquisitivo de los ciudadanos, de los salarios, de las prestaciones sociales, de los derechos laborales, etc. Para Yanis Varoufakis, ex ministro de Finanzas griego, “en realidad, la crisis se está haciendo más profunda, más tóxica, más permanente” (Estévez, 2018).

De esta forma, se mire hacia donde se mire, la cacareada prosperidad que conllevaría el triunfo anunciado por Fukuyama de la democracia liberal y del capitalismo no parece evidenciarse, al menos para la gran mayoría de la población mundial. Pero, ¿qué hay en cuanto al enunciado de qué la democracia liberal y el capitalismo ya no serían cuestionados? Respecto a esto, el presente nos da la respuesta.

En los últimos años, al contrario de lo que anunciaba Fukuyama, ha habido numerosos cuestionamientos del funcionamiento de la democracia liberal y del capitalismo. Como se ha mencionado en el apartado anterior, las desigualdades, desequilibrios e incoherencias del sistema siguen existiendo, por lo que es lógico —y natural— la protesta contra el mismo. Así, desde 2011 comenzaron a adquirir protagonismo movimientos sociales: Occupy Wall Street en Estados Unidos, el 15-M en España, el movimiento de vivienda económica en Israel o Yosoy132 en México, entre muchos otros. Sin embargo, el gran problema de dichos movimientos fue pasar de la protesta en la calle a la acción política práctica y constructiva, especialmente teniendo en cuenta que, en muchas ocasiones, estos movimientos reunían en su seno a diversas tendencias ideológicas, teniendo sólo en común un punto: la crítica al funcionamiento del sistema. Algunos movimientos fueron languideciendo poco a poco, incapaces de canalizar hacia medidas concretas el hartazgo que los había conformado. Otros se fragmentaron ideológicamente, llegando algunos de ellos a constituirse en partidos políticos —unos ubicados en el ámbito de la izquierda, otros en la derecha— que prometieron, prometen y siempre prometerán regenerar la democracia y modificar el sistema. Si a esto se le suman movimientos sociales con reivindicaciones mucho más limitadas, par-

ticulares y, generalmente, xenófobas y racistas —el xenófobo PEGIDA en Alemania, los nacionalistas euroescépticos británicos, los supremacistas blancos en Estados Unidos— y que han logrado ocupar un importante espacio electoral —Frente Nacional en Francia, Alternativa por Alemania en Alemania, Amanecer Dorado en Grecia, Trump en Estados Unidos—, se observa un panorama general de convulsión en torno al funcionamiento del sistema.

Así, este es un mundo que parece zozobrar por los errores de la democracia liberal y del capitalismo. Y, lamentablemente, en este río revuelto están siendo las formaciones de derechas —las mismas que en muchos casos han configurado el nefasto presente— o las de extrema derecha —que comienzan a lograr réditos electorales después de décadas de marginación— las que están ocupando las posiciones clave de poder en los Estados y organizaciones internacionales —el populista Trump y los republicanos más radicales en Estados Unidos, los *tories* británicos en Londres, el liberal luxemburgués Juncker como presidente de la Comisión Europea de la Unión Europea, Temer en Brasil tras el *impeachment* a Roussef, el Partido Popular en España, etcétera—. Es en esta compleja situación cuando las causas y principios de la centenaria revolución socialista rusa han de ser tenidos en cuenta, sus logros recordados, sus éxitos aprendidos y sus fracasos criticados. Es en este momento cuando el pasado ha de servir como rearme ideológico a la izquierda mundial.

La nueva izquierda tuitera y su orfandad intelectual e ideológica

A más de cien años de la revolución rusa, es más vital que nunca aprender de las lecciones —buenas y malas— que el triunfo del socialismo nos dejó. En palabras del escritor español Arturo Pérez-Reverte, hoy en día “cuatro *tweets*, dos consignas y dos elementos demagógicos ya forman una ideología”.¹⁶ Frente a las anteriores e históricas izquierdas cultas y formadas, se vienen desarrollando electoralmente formaciones políticas nuevas que se autodefinen como de izquierdas pero que carecen de bases ideológicas sólidas, padecen una orfandad

16. Declaraciones hechas por Arturo Pérez-Reverte el 9 de diciembre de 2017 en una entrevista concedida al programa La Sexta Noche de la televisión española La Sexta.

intelectual evidenciada, lo que les hace ser una veleta en sus acciones. Y es que, en palabras de Marx, “la ignorancia nunca ha servido para nada” (Wilson, 2011, p. 177). Si a eso le sumamos el cainismo que suele haber dentro de la izquierda, tenemos la tormenta perfecta de la que se aprovecha la derecha frente a la inoperancia y la incapacidad de la izquierda para construir una alternativa a los sistemas políticos y económicos actuales. De estos dos elementos –deficiencia ideológica y cainismo– se pueden exponer numerosos ejemplos.

En España, el conservador Mariano Rajoy, presidente del actual gobierno español, hubiera sido desterrado del poder en 2015 si Pablo Iglesias, líder de la nueva formación de izquierdas Podemos, hubiera apoyado la investidura del socialista Pedro Sánchez del histórico Partido Socialista Obrero Español (PSOE). En un parlamento sin mayoría de izquierdas pero muy contrario a la corrupción y políticas del Partido Popular, Pedro Sánchez intentó lograr una investidura con el apoyo del nuevo partido de la derecha Ciudadanos y con Unidos Podemos, la coalición electoral con la que Podemos concurría a las elecciones de aquel año. Sin embargo, si bien fue posible llegar a acuerdos con Ciudadanos y con fuerzas de izquierdas como Nueva Canarias, Compromís e Izquierda Unida, la negativa de Podemos a investir a Pedro Sánchez acabó con las opciones de formar una mayoría alternativa a las políticas conservadoras y de austeridad desarrolladas por Mariano Rajoy. De esta forma, una facción autodenominada de izquierdas prefirió el suicidio colectivo de toda la izquierda a que Pedro Sánchez llegará a la presidencia del gobierno. El esperpento continuó cuando, tras las elecciones de 2016, Pedro Sánchez fue depuesto como líder del PSOE y este partido se abstuvo en la investidura de Rajoy, propiciando su continuidad al frente del gobierno de España hasta el día de hoy. Así, el que Rajoy sea presidente del gobierno de España con un parlamento en contra sólo encuentra explicación en la fractura existente entre las fuerzas de izquierda y en su incapacidad para generar modelos alternativos al actual.

Hechos incomprensibles ocurren también en una región de España que en 2017 ha copado numerosos titulares en los medios de comunicación: Catalunya. En dicho territorio se ha venido gestando desde hace años un movimiento que ha superado al tradicional nacionalismo catalán –con más tintes regionalistas que independentistas– en su afán por separar a Catalunya de España. Con motivaciones diferentes

y para todos los gustos, el ya famoso “procés” — “proceso” en castellano — de independencia catalán ha estado liderado en gran medida por una fuerza política conservadora y burguesa — *Convergència Democràtica de Catalunya*, ahora denominada *Partit Demòcrata Europeu Català* (PDeCAT) —¹⁷ que ha contado con el apoyo de dos formaciones que se autodenominan de izquierdas: *Esquerra Republicana de Catalunya* (ERC) y la *Candidatura d’Unitat Popular* (CUP). ¿Cómo es posible que fuerzas de izquierdas apoyen al conservador partido político de la burguesía catalana? ¿En qué mentalidad socialista es posible que la izquierda fomente la división de los trabajadores y la creación de un nuevo estado liberal y burgués en lugar de apoyar la unión del proletariado independientemente de su lugar de nacimiento o residencia? Nuevamente, la carencia de una ideología clara más allá de una etiqueta — *hashtag* que se diría hoy en día — es patente.

En Alemania es incomprensible la insistencia del histórico Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) de reeditar la llamada “gran coalición” con los democristianos de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y de la Unión Social Cristiana de Baviera (CSU) para asegurar la continuidad de Angela Merkel como canciller de dicho país, especialmente si se tiene en cuenta que el SPD es castigado electoralmente por los fracasos del gobierno mientras la CDU y la CSU se atribuyen los éxitos. Y es que, bajo los presumidos superávits fiscal y comercial del país, se encuentra un pueblo alemán que tiene un gran déficit de infraestructura,¹⁸ que sufre impuestos abusivos, un alto precio de la vivienda y unas condiciones laborales evidenciadas en los *mini-jobs*, puestos de trabajo de horario reducido que sirven para maquillar las cifras de desempleo pero no para lograr un digno desarrollo económico y social de los ciudadanos. En esencia, parches temporales y no reformas estructurales necesarias que han auspiciado que una formación extremista y xenófoba como Alternativa por Alemania se convir-

17. El cambio de nombre de la formación catalana tuvo que ver con los numerosos escándalos de corrupción en los que se vieron implicados importantes líderes del partido, incluyendo a Jordi Pujol, histórico dirigente convergente y presidente de Catalunya entre 1980 y 2003.

18. Las carreteras y las escuelas evidencian esta falta de inversión en infraestructuras. Sirva como ejemplo que en la última campaña electoral los retretes escolares se convirtieron en tema de debate entre los grandes partidos. GTO es una ONG alemana que se dedica a pedir mejoras infraestructuras sanitarias en África pero también para los colegios alemanes (Garbajosa, 2017).

tiera en la tercera fuerza política del país tras las elecciones del 2017, logrando el 12.6% de los votos.

De esta forma, los fracasos o incoherencias de la nueva izquierda son aprovechados por una derecha que, no necesariamente mejor armada ideológicamente pero sí más organizada, está ganando la partida. Ejemplo de esto es América Latina, donde la izquierda reivindicada por Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Daniel Ortega en Nicaragua o Nicolás Maduro en Venezuela provocaría sarpullidos a históricos socialistas. En dichos países, la falta de autocrítica o la mala praxis de dichos dirigentes ha propiciado cambios de gobierno —Argentina—, protestas contra dichos gobiernos —Bolivia y Venezuela— o acusaciones de autoritarismo —Nicaragua—. En el resto del mundo, la austeridad aplicada por Syriza en Grecia por exigencia de la Unión Europea, la cuasi desaparición del histórico Partido Socialista Francés, la entrada de la extrema derecha en el gobierno de Austria, la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos o el auge de la xenofobia en Reino Unido, Holanda y otros países europeos, evidencian el fracaso de la vieja y de la nueva izquierda al dar respuesta a los problemas que la democracia liberal y el capitalismo han creado.

Sin embargo, en este panorama desolador para la izquierda en general y el socialismo en particular, hay elementos que ahondan en la tesis del presente texto acerca de la vigencia de los principios socialistas y la necesidad de recuperar las lecciones aprendidas de la revolución rusa para un rearme ideológico de la izquierda. La idoneidad de esta tesis se evidencia en cuatro hechos comprobados: los éxitos del gobierno de José Mujica y del Frente Amplio en Uruguay, las masas —especialmente de jóvenes— que movilizó Bernie Sanders en Estados Unidos durante las primarias del Partido Demócrata, la fuerza que está adquiriendo Jeremy Corbyn y su renovado Partido Laborista en Reino Unido y el exitoso gobierno de izquierdas en Portugal.

Recuperando los principios socialistas

Cuando en 2005 Tabaré Vázquez alcanzó la presidencia de Uruguay, este país cerraba una etapa política de su historia caracterizada por el dominio de los conservadores Partido Colorado y Partido Nacional

durante décadas, sólo interrumpida por la dictadura cívico-militar de Bordaberry (1973-1985). Por primera vez el candidato del Frente Amplio —una agrupación electoral de fuerzas de izquierda— alcanzaba la primera magistratura del país sudamericano. Tabaré Vázquez cumplió su mandato de cinco años, siendo sustituido en las urnas por un miembro de su misma coalición y que se convirtió en uno de los políticos más populares en el mundo hispano: José Mujica. El gobierno del Frente Amplio, según datos del Banco Mundial, logró entre 2005 y 2014 un promedio del crecimiento anual del Producto Interior Bruto superior al 5%, siendo al mismo tiempo uno de los países de América Latina que más está reduciendo la pobreza,¹⁹ además de generar empleo, aumentar los ingresos y diversificar las fuentes energéticas (RT, 2014). Con estos resultados, y a pesar de una desaceleración económica fruto de las crisis de los vecinos Brasil y Argentina, el 2014 alumbró una nueva victoria electoral del Frente Amplio, que permitió un nuevo mandato de Tabaré Vázquez desde 2015 hasta 2020. De esta forma, tras diez años de gobierno en Uruguay, la coalición de izquierdas —y el país— parece gozar de muy buena salud frente a los tradicionales partidos políticos conservadores.

Por otra parte, en Reino Unido el histórico Partido Laborista británico se encontraba en crisis tras la nefasta “tercera vía” de Tony Blair y la llegada al poder de los conservadores de David Cameron en 2010.²⁰ Las bases del partido reaccionaron con un giro hacia la izquierda con la elección en 2010 como nuevo líder laborista de Ed Miliband, político próximo a los sindicatos. Sin embargo, este movimiento demostró ser limitado e insuficiente, lo que provocó una severa derrota del laborismo en las elecciones de 2015. Nuevamente, las bases del Partido Laborista —en contra del aparato del propio partido— impusieron un giro aún más a la izquierda con la elección de Jeremy Corbyn, uno de los diputados más de izquierdas, más activo, crítico y rebelde del laborismo británico. Muchos vaticinaron que Corbyn duraría poco en

19. Entre 2010 y 2014 la pobreza se redujo anualmente 14.9% según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de las Naciones Unidas (El Observador, 2016).

20. Tony Blair, primer ministro británico entre 1997 y 2007, llevó al Partido Laborista británico a un conjunto de políticas que se denominan “tercera vía”, sintetizadas en que se combinan políticas liberales en la economía con políticas de izquierda en las cuestiones sociales. Sin embargo, la puesta en práctica de estas políticas evidenciaron un giro hacia la derecha del gobierno de Blair, siendo su cenit el apoyo a Estados Unidos en la invasión de Irak de 2003.

el cargo debido a lo que no pocos definieron como “radicalidad” y “extremismo” pero, tras vencer a una rebelión del aparato del partido contra su liderazgo y mejorar los resultados del laborismo en las elecciones de 2017, Corbyn cotiza al alza y aumentan las afiliaciones al Partido Laborista, suponiendo un peligroso rival para los conservadores de Theresa May, envuelta en los sinsabores de un Brexit que amenaza con exterminar a toda una generación de políticos británicos.

Sorprendente fue la candidatura de Bernie Sanders a las primarias presidenciales del Partido Demócrata. El senador por Vermont es de los pocos políticos en Estados Unidos que se define como socialista. En un país donde afirmarse así supone el anatema inmediato por considerar que se va en contra de los valores y tradiciones estadounidenses, muchos pensaron que su candidatura no tendría futuro. Más equivocados no pudieron estar. El socialismo defendido por Sanders impresionó a grandes masas de población del país, especialmente a los jóvenes. Movilizados en torno al veterano senador y buscando un cambio en las reglas del juego capitalista, miles de voluntarios y cientos de miles de votos mantuvieron viva la campaña de Sanders frente a la poderosa Hillary Clinton casi hasta la convención demócrata donde había que elegir al candidato a presidente. Finalmente, tras unas primarias ajustadas donde resultó perdedor, Sanders retiró su candidatura y dio su apoyo a Clinton. A pesar de la derrota, la simpatía y apoyos que generó el programa de izquierdas de Sanders sorprendió a propios y extraños y nadie lo hubiera creído posible en un país como Estados Unidos. Los demócratas apostaron por Hillary Clinton y perdieron las presidenciales y legislativas contra un candidato tan nefasto como Trump. Después de la noche electoral, muchos pensaron que Sanders hubiera sido mejor rival contra Trump y que se había perdido una gran oportunidad para llevar un verdadero cambio a Estados Unidos, cambio que ya Obama prometió en el pasado y no cumplió.

Portugal celebró elecciones parlamentarias en 2015. Partía como favorito el conservador Pedro Passos Coelho del Partido Social Demócrata (PSD), primer ministro del país desde 2011 y artífice de los acuerdos de rescate y austeridad con la Unión Europea. Passos Coelho hizo buenos los pronósticos y su partido ganó las elecciones. Sin embargo, las políticas de austeridad hicieron perder al PSD la mayoría en el parlamento portugués. Se abría así la posibilidad de que la izquierda lograra el poder si podían ponerse de acuerdo los históricos Partido

Socialista y Partido Comunista y el nuevo Bloque de Izquierda. No era fácil y, como ya se ha mencionado anteriormente, el cainismo que suele existir dentro de la izquierda había propiciado una y otra vez fracasos rotundos para beneficio de las fuerzas de la derecha.²¹ Sin embargo, por una vez las rivalidades —que no la crítica— se dejaron a un lado y se optó por buscar puntos en común entre las tres formaciones para posibilitar un gobierno de izquierdas en Portugal. El resultado fue la investidura como primer ministro del socialista Antonio Costa el 25 de noviembre de 2015. En estos más de dos años que han transcurrido desde su elección, Antonio Costa ha rebajado la jornada laboral de los empleados públicos a 35 horas semanales, vinculó el aumento de las pensiones a la inflación, incrementó el salario mínimo y detuvo las privatizaciones de empresas públicas, logrando con su política la reducción del crónico déficit fiscal al 2.1% del PIB -el mejor dato desde 1974- (Marchetti, 2017). Si bien no ha sido un camino exento de complejidades y quedan aún numerosas cuestiones que resolver, el experimento portugués que combina a socialistas y comunistas históricos con una nueva izquierda salida de las calles y de los movimientos sociales se está convirtiendo en un ejemplo para la izquierda europea.

Conclusión: hacia la estación de Finlandia

El 16 de abril de 1917, Vladimir Lenin regresaba a Rusia tras años de exilio. Lo hacía en un tren que llegó a la denominada estación de Finlandia en Petrogrado —hoy San Petersburgo—. Parecía ser el final de un largo viaje que precipitaría el inicio de la Revolución y el establecimiento del socialismo. Desde entonces, y de los acontecimientos posteriores, ya han pasado más de cien años. Sin duda, la Revolución

21. Si bien la lista de luchas fratricidas dentro de la izquierda es larga, son ejemplificantes las ocurridas en la izquierda griega. Durante los gobiernos de Andreas Papandréu (1981-1989 y 1993-1996) del Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK), en más de una ocasión los comunistas del Partido Comunista de Grecia (KKE) se aliaron con los conservadores de Nueva Democracia para hacer la denominada “pinza” sobre el PASOK. Posteriormente, tras la crisis de 2008, el PASOK prefirió dar soporte a gobiernos tecnócratas o de la Nueva Democracia a buscar una alianza con Syriza, la emergente fuerza de izquierdas en Grecia. Finalmente, el líder de Syriza Alexis Tsipras se convirtió en primer ministro en 2015. Por supuesto, el PASOK no dio apoyo a su investidura por lo que Tsipras tuvo que buscar una alianza con la derechista y nacionalista Alianza Patriótica Nacional (ANEL).

de 1917 marcó un antes y un después en la historia del siglo XX y de la humanidad. Alabada por unos y criticada por otros, nadie puede negar el impacto e influencia mundial que tuvieron los principios que de ella emanaron. “Su trayectoria fue imperfecta y ambigua. Pero ha producido repercusiones más profundas y duraderas en todo el mundo que cualquier otro acontecimiento histórico de los tiempos modernos” (Carr, 2002, p. 243).

Como se indicó anteriormente, si bien es cierto que la URSS murió y los Estados democráticos populares de Europa Oriental desaparecieron, las ideas socialistas han permanecido en gran medida, a pesar que las viejas y nuevas izquierdas hacen sesgadas interpretaciones ideológicas e intelectuales. Sin embargo, hay un patrón que la izquierda no ha olvidado: la falta de autocrítica y el cainismo con el que se responde a la crítica de un adversario al que se suele negar su derecho a disentir. Es necesario recuperar los éxitos que obtuvo la revolución socialista rusa, pero también hay que asumir y ser críticos con la sucesión de fracasos que llevaron a la desaparición de la URSS y del resto de Estados socialistas.

El presente artículo ha pretendido revisar la necesaria vigencia de los principios socialistas en los movimientos sociales y partidos políticos del siglo XXI con el fin de dotarlos de un bagaje ideológico del que hoy en día muchas formaciones parecen carecer. De esta forma, las nuevas formas políticas de la izquierda no deben limitarse a cuatro consignas demagógicas y al uso de redes sociales, sino a la recuperación intelectual, cultural, social e histórica de los principios del socialismo, así como aprender de sus éxitos y fracasos, dejar a un lado el cainismo crónico —que no el debate y la crítica, que tanto enriquecen ideológicamente— y fomentar la unidad de las diversas corrientes de izquierdas.²² Y, en este sentido, la recuperación de la memoria de la revolución rusa de 1917, con sus claros y oscuros, se convierte en inevitable y pertinente. En referencia a ella, el historiador británico Carr (2002, p. 242) afirmó que “allí donde las masas hambrientas y analfabetas no habían alcanzado todavía el estadio de la conciencia

22. Proféticas de la crónica división que suelen padecer las fuerzas de izquierda son las palabras que enunció Friedrich Engels en una carta que envió a Hans Starkenburg en 1894, donde se afirma que “los hombres hacen ellos mismos su historia, pero hasta ahora no con una voluntad colectiva y con arreglo a un plan colectivo” (Wilson, 2011, p. 195).

revolucionaria, una revolución desde arriba era mejor que nada”. Sin duda, un elemento a tener muy en cuenta en esta sociedad donde la gran masa parece carecer de ambiciones intelectuales y ciudadanas, de valores y donde aceptan, sumisamente, los desequilibrios e injusticias del sistema.

La URSS fracasó en la medida que no supo responder a los desafíos planteados. Y la izquierda mundial actual fracasará ante las formaciones de derecha — cosa que ya está haciendo — en la medida en que no proponga una respuesta alternativa a los problemas que acucian a las sociedades contemporáneas. En palabras de Marx, “despertar esperanzas ilusorias [...] no llevaría nunca la salvación a los que sufren, sino qué, al contrario, los arruinaría” (Wilson, 2011, p. 176). A cien años de aquellos “diez días que estremecieron al mundo” — título del libro de 1919 del periodista estadounidense John Reed que relataba aquellos acontecimientos —, hoy más que nunca existen causas en la sociedad contemporánea para un rearme ideológico de la izquierda y la reestructuración de un sistema político y económico que no satisfice a la inmensa mayoría de la población. En síntesis, para embarcarnos en un nuevo viaje hacia la estación de Finlandia e iniciar, aunque sea desde arriba, una revolución socialista.

Bibliografía

- Bernardos, G. (2014). *La gran mentira de la economía. Y por qué el futuro será mejor que el pasado a pesar de todo*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Carr, E. H. (2002). *La revolución rusa: de Lenin a Stalin: 1917-1929*. Madrid: Alianza Editorial.
- Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia. (1968). *Programa de “Renovación del socialismo”*. Praga.
- Cook, F. J. (1971) *The Nightmare Decade: The Life and Times of Senator Joe McCarthy*. New York: Random House Inc.
- De Sebastian, L. (29 de diciembre de 2003). “La curva de Laffer ataca de nuevo”. El País. Recuperado de https://elpais.com/diario/2003/12/29/economia/1072652409_850215.html
- El Observador. (23 de marzo de 2016). “Uruguay encabezó reducción de la pobreza en América Latina”. El Observador. Recuperado de <https://www.elobservador.com.uy/uruguay-encabezo-reduccion-la-pobreza-america-latina-n886061>

- Estévez, M. (13 de enero de 2018). "La crisis se está haciendo más profunda, más tóxica, más permanente". *Eldiario.es*. Recuperado de http://www.eldiario.es/economia/crisis-haciendo-profunda-toxica-permanente_0_728277796.html
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Bogotá: Planeta.
- Garbajosa, A. (17 de septiembre de 2017). "No todo funciona en Alemania". *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2017/09/15/actualidad/1505467815_387466.html
- Krugman, P. (20 de abril de 2013). "La depresión del Excel". *El País*. Recuperado de https://elpais.com/economia/2013/04/19/actualidad/1366398440_370422.html
- Marchetti, P. (14 de junio de 2017). "Antonio Costa, el Primer Ministro socialista que reactivó la economía de Portugal y que visita Chile". *Emol*. Recuperado de <http://www.emol.com/noticias/Economia/2017/06/14/862674/Antonio-Costa-el-Primer-Ministro-socialista-que-reactivo-la-economia-de-Portugal-y-que-visita-Chile.html>
- Micklethwait, J. y Wooldridge, A. (2007). *Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*. Buenos Aires: Debate.
- Renouvin, P. (1972). *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Oikos-tau.
- RT. (26 de octubre de 2014). "El legado del presidente más "humilde": sus logros que pasarán a la historia". RT. Recuperado de <https://actualidad.rt.com/actualidad/view/144822-uruguay-mujica-logros-presidencia>
- Toynbee, A. J. (1949). *La civilización puesta a prueba*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Wilson, E. O. (2011). *Hacia la estación de Finlandia, una revisión del siglo XXI*. Madrid: RBA Libros.